

Texto: Ana Marta GUILLÉN

Preguntarse por el *welfare* del siglo veintiuno parece una valiosa y sesuda preocupación, a la vez académica y política. Sin embargo, formular la pregunta acerca de lo que sucederá dentro de dos años es casi lo mismo y,

Maurizio Ferrera

no obstante, no pasa de ser una vulgaridad. El eje de esta entrevista será la primera formulación: ¿Qué nos espera el siglo que viene?

Unos cuantos arúspices lo indagan en las vísceras de las sociedades europeas, intercambiando sus visiones de modo sistemático. Están en Florencia y aquí me encuentro, como aprendiz o meritoria de arúspice.

El Instituto Universitario Europeo, con sede en San Domenico de Fiésole, sobre las colinas que rodean Florencia y lejos por tanto del tumulto turístico de la ciudad del Arno, es un lugar privilegiado para el encuentro de investigadores y actores políticos. Se sienten emplazados para buscar luz sobre cuestiones tan apasionantes como las características de las sociedades en las que vamos a vivir. Este apasionamiento envuelve de forma muy especial algunos de sus trabajos, sabedores ellos —aunque quizás no la opinión pública— que lo ya conocido (y posiblemente no disfrutado por todos) se termina. Es lo que sucede respecto al objetivo del “Foro Europeo” de este año, sobre la re-fundamentación (volver a cimentar) de los *welfare states* en Europa.

Hace ya unos veinticinco años, cuando el Instituto estaba recién creado, se ocupó de un tema próximo, la comparación de los *welfare states* europeos, bajo la dirección de Peter Flora. Un joven estudiante italiano de aquellos años trabajaba el caso italiano. La especialización, la querencia y el prestigio devuelve hoy al Instituto, para dirigir la nueva investigación, al que sigue siendo joven —acaba de empezar su cuarentena— profesor de la Universidad de Pavía, Maurizio Ferrera.

Buen conocedor de nuestro país y, especialmente, de las características de nuestros países meridionales, le entrevisto para CUADERNOS DE TRABAJO SOCIAL, aprovechando mi estancia en Florencia como *fellow researcher* (traducción inglesa, creo,

de “aprendiz de arúspice”), antes de volver a mi universidad de Oviedo.

Profesor Ferrera, ¿qué es el “Foro europeo” que usted está dirigiendo en el Instituto? (Aclaro: yo pregunto en inglés, Ferrera me responde en italiano y, desde la Complutense, Luis Vila traduce al español, dando la forma y pidiéndonos conformidad a través de Internet)

— El Foro Europeo es un programa anual del Instituto Universitario Europeo, con sede en Florencia, que ofrece una oportunidad de debate y de estudio a investigadores europeos y no europeos sobre temas de gran actualidad, reuniendo a personas del mundo académico y científico, y también a actores provenientes del ámbito de la política, la vida económica o los agentes sociales. El tema elegido para este año es el de la re-fundamentación del modelo europeo de *welfare*.

(Añado para toda la entrevista: Ferrera no traduce al italiano la palabra inglesa “welfare”. Él no traduce “benessere” ni “protezione”. Proveniente de un país latino sabe de sobra que “estar bien”, para nosotros, es mucho más ambicioso que el “welfare” que la maquinaria administrativa del Estado nos pueda procurar. Por ello seguiremos utilizando siempre tanto la palabra inglesa como su compuesto “welfare state”. Sigue Ferrera:)

— Está claro que es necesario interrogarse sobre los desafíos que presentan los diversos tipos de wel-

fare states en Europa, cómo cada país discute los mejores caminos de reforma, ver cuáles son viables desde el punto de vista político social o institucional, analizar las coaliciones de actores que están en marcha; en una palabra, queremos conocer las bases sociales y políticas del cambio que se avecina.

Conocedora, por propia experiencia de las pasadas semanas, del trasiego continuo de expertos, profesores, seminarios, presentaciones, etc., que tienen lugar en este Instituto, paso a preguntar sobre su organización y planes futuros.

— El funcionamiento del Foro es aparentemente complejo, pero es simplemente una manifestación de su riqueza. Por una parte están los "fellows" del Instituto: se invita a estudiosos y a autores, ya reconocidos en temas relacionados con la política social de nuestros países, para que acudan un tiempo a Florencia con su proyecto personal de investigación bajo el brazo. La actividad del Foro será la suma de todos y cada uno de los proyectos de investigación. Este conjunto de investigaciones suministra ocasiones para un debate colectivo. Así, cada semana tiene lugar un seminario donde el "fellow" presenta sus progresos en la investigación y se invita a la sesión a otros estudiosos.

Otra actividad son los Congresos y Conferencias que organiza el Instituto. El próximo congreso, por ejemplo, tendrá lugar en Diciembre y tratará de la reforma de los sistemas

de asistencia social y de los servicios sociales personales. También se ha previsto, para 1999, otras Conferencias sobre la reforma de los sistemas sanitarios, la globalización y sus desafíos a las prestaciones tradicionales del welfare europeo, la reforma del mercado de trabajo, las estrategias de reforma que se siguen tanto en Europa como en otras áreas socioeconómicas parecidas (EE.UU., Australia, etc.). El objetivo de estas reuniones

***queremos conocer
las bases sociales y
políticas del
cambio que se
avecina***

es arrojar un poco de luz sobre algunos puntos sensibles del tema general.

Maurizio Ferrera es un apasionado estudioso de estos temas: "una vieja pasión", confiesa, de sus primeros días. Andando el tiempo él ha seguido fiel a la vieja pasión, convirtiéndose en cita indispensable al hablar del welfare europeo y especialmente el menos conocido de los países del Sur de Europa. Volveré a este tema del Sur. Declara Ferrera, con toda sencillez, que gracias a su primer trabajo en el Instituto en los años se-

tenta, bajo la dirección de Flora, hizo su tesis doctoral y publicó su primer libro: "Il welfare state in Italia" (Il Mulino, 1984). En los ochenta, la reforma del welfare se convirtió en tema estrella, entrando

El welfare y los sistemas de protección se inventaron hace un siglo, son ya viejos y por tanto están prisioneros de su rigidez interna, les falta flexibilidad y de ahí viene su dificultad de adaptación

en la agenda política de todos los países. Hoy, afirmará Ferrera, ésta es una cuestión de la que depende el futuro de Europa.

Otras obras han seguido a aquella primera, aparte de numerosos artículos sobre el tema e in-

vestigaciones realizadas para la Comisión Europea. Entre sus libros recordamos "Le dodici Europe" (Il Mulino, 1991), "Globalizzazione e Stato Sociale" (Fondazione Agnelli, 1993), "Modelli di Solidarietà" (Il Mulino, 1993).

Al hilo de su expresión sobre la "vecchia passione" me atrevo a pensar que ciertamente los viejos amantes son los que tienen más sabrosas historias que contar. ¿Sucederá lo mismo a Ferrera con el welfare? Le pido que me resuma las ideas de su último libro, "Le trappole del welfare" (Il Mulino, 1998).

— Las viejas instituciones son difícilmente adaptables a las nuevas situaciones y problemas. El welfare y los sistemas de protección se inventaron hace un siglo, son ya viejos y por tanto están prisioneros de su rigidez interna, les falta flexibilidad y de ahí viene su dificultad de adaptación. ¿Cómo mantenerse flexible y ágil cuando están cambiando las circunstancias externas?

No es tarea fácil, por ejemplo, cuando la rigidez ante la adaptación es de naturaleza política y social debido a la impopularidad de las medidas de reforma que tienen que proponerse.

También hay otras rigideces de naturaleza más insidiosa, las que son de tipo, digamos, cultural. Por ejemplo, el haber disfrutado de cien años de cultura de pensiones: los europeos han acabado entendiendo su vida en tres fases que son la de la formación, la del trabajo y la de la jubilación.

ción. Esta última fase ha coincidido con una reducción de la edad "legal" (60-65 años) y con una esperanza de vida que se alarga. Es lo que le ha sucedido a esta fase: su excesiva duración. Reformar el sistema de pensiones del welfare para adaptarlo al nuevo contexto demográfico, sanitario y social implica un cambio de la mentalidad de la gente. Esto es lo que llamo la rigidez cultural: modificar al-

***las
contradicciones de
nuestro modelo
que se reducen
esencialmente a
una doble
polaridad***

gunas convicciones y expectativas que están profundamente arraigadas y que no son ni socialmente eficientes ni financieramente sostenibles, y quizás ni siquiera "justas" desde el punto de vista de la equidad intergeneracional.

Estas cosas no pueden cambiar de un día para otro. Es un proceso lento, hecho de avances y retrocesos. Y creo que la discusión y el debate sobre estos temas entre expertos, políticos y actores sociales puede jugar un papel definitivo a la hora de con-

vencer a la opinión pública. Se trata, ni más ni menos, que modificar el propio esquema cognitivo y las propias expectativas.

En este momento Ferrera me alcanza un ejemplar de L'UNITÁ de hace unos días (14 de octubre) señalándome una entrevista que le hace Raffaele Capitano, a raíz del reciente encuentro anglo italiano que ha sido presidido por Dahren-dorf y le ha tenido a él como relator. El titular de la entrevista que elige el periodista califica la versión de Ferrera sobre el welfare italiano. Creo que no es necesario conocer mucho su idioma para entender qué significa "i pigliatutto e i pigliante" (los que reciben todo y los que no reciben nada). Me lee uno de sus párrafos, donde se advierte la necesidad de un cambio de mentalidad, o la inevitabilidad de una guerra abierta de unos contra otros.

— Aparecen con claridad todas las contradicciones de nuestro modelo que se reducen esencialmente a una doble polaridad. La primera es el exceso de protección respecto al riesgo "vejez", o sea, las pensiones y la falta de protección de otros riesgos sociales que sí están protegidos en otros países. La segunda polaridad que se cruza con la anterior es de tipo demográfico, "viejos contra todos", garantizados contra no garantizados. Al cruzar estas dimensiones tenemos, de un lado, a una categoría de personas que recogen todo ("pigliatutto") y se convierten en los vencedores de nuestra distribución social; son los pensionistas que se retiran con una

carrera contributiva madurada en los sectores del mercado de trabajo bueno y, por consiguiente, tienen pensiones muy generosas respecto a los niveles europeos. Por otro lado está la categoría de los que no reciben nada ("i piglianiente"), es decir, las personas que se encuentran fuera del mercado de trabajo regular, como los jóvenes, bien porque no han entrado nunca en el mercado o que trabajan en los sectores no protegidos, o lo hacen de forma discontinua o en un mercado irregular y tienen que hacer frente a riesgos diferentes del de la vejez: la carga de familias numerosas, familias con un solo ingreso regular. Éstos son los perdedores de nuestra distribución social. Es la polaridad que determina una situación dramática y que no se encuentra en ninguna parte de Europa.

Sur de la Unión Europea y Centro-Norte de la Unión Europea. Centro y periferia. Países ricos y países menos ricos. Pero, en definitiva, ¿dónde, en nuestra querida Europa, empezaron la cultura, el refinamiento, las ideas...?

Profesor Ferrera, aparte de lo que acaba de indicar, ¿dónde están las semejanzas y las diferencias en el welfare? ¿qué nos hace parecidos y distintos a los europeos? ¿Nos enfrentamos a los mismos desafíos de adaptación?

— El modelo social europeo no es homogéneo, se dan semejanzas entre grupos de países en relación con su welfare. Y esto tiene que ver con la geografía, pero también con el "tempo" evolutivo, en el sentido de

que el sur de Europa desarrolló más tarde su esquema de welfare y, cuando habían completado su esquema protector, descubren que se hallan ante un contexto absolutamente diferente del que contemplaron los países que les precedieron en la organización de su welfare. Más aún, cuando todavía no habían acabado su plato ya se lo retiran, es decir, se les dice que hay que volver a formular un welfare apenas disfrutado. Esta característica no puede olvidarse. En los países del sur comparten escenario la última fase evolutiva de desarrollo del welfare y la nueva fase de reestructu-

***cuando todavía no
habían acabado
su plato ya se lo
retiran, hay que
volver a formular
un welfare apenas
disfrutado***

ración de aquél; un escenario, repito, mucho más complejo que el de países que tienen que reestructurar algo que ya está consolidado. Éste es el elemento homogeneizador de un grupo de países respecto al otro.

¿Y no hay forma, adivino, de que la limitación se convierta en ventaja? Ferrera ha adivinado mi pensamiento y sigue:

— Dado que los países del sur tienen menos consolidado su programa de welfare, menos institucionalizado y, por consiguiente, menos afectado de rigidez, tienen más posibilidades de remodelar su futuro welfare. Pueden superar más fácilmente la super-institucionalización ("le trapole", conforme al título de mi libro) que gravita tan grandemente en otros sistemas continentales (Francia, Alemania) que han alcanzado un gran desarrollo desde el punto de vista cuantitativo (gastos sociales hasta un 30% de su PIB) y también han ganado en "espesor" o densidad organizativa (constelación de intereses).

Concluye Ferrera que, bajo este perfil, los países del sur pueden emprender su adaptación de una manera más fácil. Pero yo me quedo pensando si acaso la falta de consolidación de welfare, en lugar de ser una ayuda para la remodelación, no será más bien una excusa para proclamar lo de las "conquistas irrenunciables" y demás verborrea sindical o política. Temo que Ferrera sea un "ilustrado" en medio de páramos meridionales (como los "Blasillos" o las "Blasas" filósofos del humorista Forges), un krausista de élite bien lejano y distante de esos "negociadores" duros de los derechos obreros frente a las exigencias del capital multinacional (pulso sindicatos y Ford). Por favor, Ferrera, ¡que estamos en el Sur!

— Hay otra característica, aparte de sus sistemas de welfare, que diferencian ambos grupos de países dentro de Europa y hacen ciertamente

difícil la adaptación. Me refiero a las desigualdades territoriales, la falta de aparatos administrativos muy profesionalizados que implementen las políticas, la persistencia de una cultura política fuertemente "familista" (el fa-

***ante la inevitable
reforma del
welfare, los países
del Sur necesitan
resaltar los
aspectos virtuosos
de su sociedad
civil y de su
economía,
neutralizando a
su vez los
elementos viciosos***

milismo tiene muchos aspectos positivos, pero también negativos).

En definitiva, ante la inevitable reforma del welfare, los países del Sur necesitan resaltar los aspectos virtuosos de su sociedad civil y de su economía, neutralizando a su vez los elementos viciosos. Estas caracterís-

ticas son las que permiten hablar de unos síndromes comunes de los países del sur dentro del modelo europeo compartido.

Entonces, ¿tenemos mucho que enseñar al norte o tenemos mucho que aprender?

Maurizio Ferrera, al que conozco y admiro desde hace años,

tenemos un tejido de solidaridad espontánea que frecuentemente es muy fuerte y robusto, aunque no sea uniforme en su distribución territorial

debía esperarse esta pregunta. Sonriente, con la suavidad y educación que le caracterizan, me responde:

— Como siempre, la verdad está en el medio. Hay muchas cosas que los países del sur tendrían que mejorar, por ejemplo, respecto a las formas de implementar las políticas de manera eficiente y eficaz, logrando una cultura universalista hecha de reglas claras y transparentes. Éste es

un terreno en el que hay muchas cosas que aprender del centro de Europa. Por otra parte, alguna de nuestras especificidades merecen ser conservadas en términos de flexibilidad; tenemos un tejido de solidaridad espontánea que frecuentemente es muy fuerte y robusto, aunque no sea uniforme en su distribución territorial; también hay algunas reformas institucionales que hemos introducido y podrían ser un punto de referencia para otros países. Por ejemplo, el equilibrio alcanzado entre los gobiernos centrales y los gobiernos regionales en el sector de la sanidad y los servicios sociales, algunas políticas asistenciales descentralizadas, el equilibrio entre cotizaciones y prestaciones y la fórmula de las pensiones con cotizaciones definidas, que es algo completamente innovador en el panorama europeo.

Sí, creo que el sur de Europa puede, legítimamente, indicar caminos.

La conversación ha terminado. Apago la grabadora y le doy las gracias. Mientras, él atiende las llamadas telefónicas que no han logrado interrumpir nuestra conversación y yo corro presurosa hacia el seminario que acaba de empezar y va a tratar de “Convirtiendo los vicios en virtudes: las políticas progresistas y la reforma del estado del bienestar en Europa”.

Ana MARTA GUILLÉN